

Por fallecimiento del Ilmo. Sr. D. Alonso Núñez de Haro y Peralta, Arzobispo de México, fué nombrado para sucederle el Sr. Lizana, quien renunció tres veces; pero Carlos IV tenía especial empeño en elevarlo á aquella jerarquía y aún casi lo obligó á aceptar.

El día 28 de Julio de 1,802 se vió pues precisado á dejar su iglesia episcopal, con gran dolor de sus diocesanos que recordaban todas sus benéficas obras. Con efecto, el Sr. Lizana había dejado en Toledo una memoria imperecedera de sí. Durante el corto espacio de ocho meses que duró su gobierno, escribió varias Pastorales y visitó con frecuencia su diócesis. En el púlpito era verdaderamente edificante, logrando con su palabra conmover á los oyentes.

Todas sus rentas las consagraba á la caridad y al fomento del culto; emprendiendo importantes mejoras en el hospital y enriqueciendo su iglesia.

Salió, pues, de su Obispado con gran sentimiento y se embarcó en Cádiz el 9 de Octubre, llegando á Veracruz el 16 de Diciembre. Apenas se encontró en este puerto, nombró gobernador de la mitra al Sr. Dr. Don Juan Francisco de Campos, cuya elección fué de sumo acierto, pues grandes eran las cualidades que le adornaban.

El regocijo se hizo general al llegarse á saber en México la próxima llegada del prelado, tanto, que muchos se pusieron en camino para ir á su encuentro y el Sr. Lizana en el trayecto de Veracruz á la capital de su Arquidiócesis, recibió inequívocas pruebas de amor y respeto que demostraban á las claras, que la fama de sus virtudes había llegado hasta su interesante arzobispado.

Llegó á México el 11 de Enero de 1,803, haciéndosele una brillante recepción.

La *Gaceta de México*, en el mes siguiente, hizo una crónica de ella, describiendo el adorno de las calles y la iluminación nocturna, diciendo que tanto en la Catedral como en las vías públicas, hubo tal concurrencia como no se había visto mayor en la Capital.

La conducta del prelado sobrepusó á la fama de que venía precedido. Todos elogiaban la afabilidad con que recibía á sus diocesanos, sin distinción de clases ni categorías. Personalmente distribuía un sinnúmero de limosnas y se desvivía por acudir al auxilio del desgraciado; infatigable en el ejercicio de su sagrado ministerio, trabajaba sin descanso y no por eso desaparecía la bondad de su carácter.

Notable fué también por lo morigerado de sus costumbres, pues su trato personal era por demás humilde y empleando sus rentas en el ejercicio de la caridad, no dejaba para sí más que lo indispensable para vivir.

Los frutos que con la predicación obtuvo en la iglesia episcopal de Toledo se acrecentaron en México; su elocuencia era persuasiva en sumo grado y dejaba en los que le escuchaban huellas indelebles.

Algunos mexicanos de mala fé ó patriotas exagerados, no veían con buenos ojos á los prelados que se nos enviaban de allende los mares y creían que, como en la época de la conquista, se creía en España, que el pueblo mexicano estaba sumido en el mayor embrutecimiento.

No es de admirar, por tanto, que un moderno historiador afirmare que al llegar á México el Ilmo. Sr. Lizana creyera encontrarse en un país de salvajes, con los cuales tendría que emprender inmensos trabajos para civilizarlos.

Compréndese desde luego la inverosimilitud de tal aserción, pues si bien en aquella época no había los rápidos medios de comunicación con que ahora contamos, ni se habían publicado bastantes libros de historia mexicana, era imposible que el Sr. Lizana no estuviera perfectamente instruido de las dificultades con que tendría que tropezar en su gobierno y más aún, habiendo trabajado con el Sr. Lorenzana que había recidido en la Nueva España. La primera providencia del Sr. Lizana fué convocar al clero á unos ejercicios espirituales, hecho digno de mención, pues constituye un buen augurio de gobierno.

No podía menos de imitar el clero la conducta de su prelado. Admirábase en él la circunspección y el recato; las pocas horas que le dejaban libres sus fatigas pastorales las consagraba á la oración y á la penitencia más rigurosa, de la que se tuvo conocimiento después de su fallecimiento, pues en su casa episcopal se encontraron los cilicios, disciplinas y otros instrumentos con que se maceraba el cuerpo.

Infatigable en sus labores, hubo ocasión en que hallándose enfermo, desde su lecho atendiese á todas las necesidades de su rebaño, sea dictando sabias disposiciones, sea recibiendo consultas de personajes prominentes, manifestando suma conformidad, pero revelando en su semblante ansias vehementes de restablecerse para llevar más satisfactoriamente sus deberes episcopales.

Entre las principales obras que llevó á cabo el Sr. Lizana pueden citarse como principales: la división de los curatos de San Sebastián de Querétaro y Santiago fraccionándolos, el primero en dos y el segundo en cuatro. También hizo la división de los de Tenango y Huichapam en dos cada uno, así como el de Jonatepec en tres.

Siguiendo en su tarea de mejorar en lo posible el estado en que se encontraban los templos, elevó una solicitud al rey, obteniendo una orden, en 18 de Enero de 1,804, en la cual se señalaba el tercio de la pensión cural interina. Semanariamente presidía una junta, en la cual se reunían los curas, la cual se verificaba en el Palacio Arquiepiscopal.

Una de las más importantes fundaciones que marcó, quizá el más glorioso hecho de su vida, fué la del pueblo de indios de la Concepción de Arnedo, sufragando los gastos que exigía el ministerio de dos sacerdotes de Querétaro. En cualquier día de la semana, siempre que no fuera de jentua, daba conferencias en las parroquias.

Durante su gobierno publicó un gran número de edictos; hizo varias visitas á su Arzobispado, expidió nuevo reglamento para los tribunales religiosos, monasterios y conventos, dando á luz veinticinco cartas pastorales.

Su caridad no tenía límites, pues cual otro San Vicente de Paul, se ocupaba en impartir toda clase de consuelos á los afligidos, visitando á los presos y á los enfermos llevándoles auxilios espirituales y pecuniarios. Su celo por la salvación de las almas lo hacía en varias ocasiones detenerse largas horas con aquellos poco conocedores de la doctrina cristiana, para explicársela. ¡Cuántos sentenciados á la última pena veían penetrar en su capilla, días antes de la ejecución, al abnegado apóstol, quien lleno de ternura iba á confortarlos y á mostrarles el camino de la eterna ventura!

En ocasiones, extenuado por el excesivo trabajo que él mismo se imponía voluntariamente, sufría frecuentes vértigos, en presencia de aquellos mismos á quienes iba á llevar el consuelo.

Incontables fueron las caridades que hizo el Sr. Lizana durante su gobierno. Tenía asignada para limosnas, la cantidad de tres mil pesos cada dos ó tres meses y diariamente sentaba á su mesa por lo menos dos pobres de la arquidiócesis. Tomaba informes con objeto de averiguar cuales eran las familias más necesitadas á las que nunca dejaba de atender.

A la Casa de la Cuna hizo, por medio de una escritura, la donación de todas sus alhajas, las cuales les serían entregadas á su fallecimiento, en la inteligencia de que también se le entregaría el rédito proporcional á su valor que produjera durante el tiempo que las usase el donante. Fundó en el hospital de Pachuca una sala para enfermedades de mujeres; dando el gasto que importaba el pan que consumían las monjas carmelitas. Aparte de esto, mensualmente distribuía limosnas al colegio de San Fernando, al de religiosas, al Hospicio de pobres y á los hospitales.

No conforme con esto, deseando que las funciones religiosas se celebraran con el mayor fausto posible, erogaba fuertes sumas para ello y llegó á asignar la cantidad de catorce mil pesos para los maitines de toda la octava de Corpus que se celebraban en la Catedral. Era un alma desprendida de los bienes terrenales y todo lo que poseía lo empleaba en la honra de Dios y en el auxilio de los infelices.

El Señor veía con sumo agrado las obras de su ministro y le proporcionaba los medios de ejercer su inagotable caridad. El Sr. Lizana no sólo favoreció á sus diocesanos pues las parroquias del lugar de su nacimiento recibieron también obsequios de valor y la Corona ciento treinta y tantos mil pesos.

Como hemos dicho, S. Illma. se proporcionaba tiempo para todo, pues además de gobernar la arquidiócesis y practicar personalmente numerosísimas obras de caridad, se consagraba al estudio, siendo de admirar el número de sermones que predicó, pues hay quien asegure que pasaron de tres mil. Si á esto se agregan las muchas Cartas Pastorales que expidió, más difícil será comprender la manera como distribuía su tiempo el Sr. Lizana y como también podía cumplir con tantas obligaciones y obras de supererogación que voluntariamente se había impuesto.

En medio de la satisfacción que proporciona el bien obrar, tuvo el Sr. Lizana que experimentar bastantes sinsabores con las revueltas civiles del año de 1,808 y que dieron por resultado la destitución del virrey Iturrigaray. Algunos aseguran que el Sr. Lizana fué uno de los que influyeron principalmente para lograr que fuera depuesto, de lo cual después se arrepintió. Caso de ser cierto el hecho, pues en esto no hay uniformidad en los historiadores, creemos indudablemente que el prelado ha de haber sentido después inmenso pesar de haberse mezclado en un asunto que se relacionaba con la política, pues su carácter amable y generoso no se amoldaba á las rencillas que siempre trae consigo todo lo que se relaciona con el mando civil.

Fué nombrado virrey por la Junta Central y tomó posesión del mando el 19 de Julio de 1,809, durando en el ejercicio de su cargo nueve meses, siendo de notar que el Arzobispo no recibió estipendio alguno como virrey, renunciando sus honorarios á favor de la corona de España.

La gloriosísima carrera del prelado se acercaba á su fin; mas para dar noticia de ella vamos á copiar textualmente lo que dice uno de sus biógrafos:

«La vida del señor Lizana había sido una preparación constante para la « muerte. Su inquebrantable fe católica le hacía no ver en la tierra sino un tránsito para otro mundo mejor, cuya posesión sólo podía adquirirse por medio de « la penitencia y de las buenas obras. Así, cuando descubrió en su última enfermedad las señales de su muerte próxima, creció su fervor, multiplicó sus « devotas prácticas, esperó tranquilo la hora por otros temida, y falleció á las « cinco y media de la tarde del 6 de Marzo de 1811.» (1)

«Fué un virrey hombre de bien y justo y un arzobispo austero, celocísimo, « dulce para sus ovejas y de un candor angelical. . . .» (2)

Fué sepultado su cadáver con magnificencia, y en el año siguiente, el Cabildo Metropolitano le hizo unas suntuosísimas honras fúnebres, en las que se estrenó un riquísimo túmulo ejecutado por el arquitecto D. Manuel Tolsa.

(1) Sosa. Epis. Mex. Pág. 212.

(2) Beristain. "Biblioteca hispano americana septentrional."

